

# Introducción

**Jorge García**

Universitat de Girona

jorge.garcia@udg.es

Política y literatura andan de la mano durante el Renacimiento por el simple motivo de la íntima interconexión entre literatura y vida social que surge de la entraña misma del Humanismo italiano del siglo xv. La vida social y la reflexión sobre la acción política son inmanentes al humanismo cuatrocentista, que tiene entre sus máximos representantes famosos Secretarios de la Señoría en las principales ciudades italianas. Tal será el origen de una imbricación esencial que continuará y profundizará a lo largo del siglo xvii. Nuestro Grupo de Investigación de la Universidad de Gerona (FFIE2011-22929, Diego de Saavedra Fajardo y las corrientes literarias e intelectuales del Humanismo) ha dedicado cerca de una década a explorar este mundo complejo y enrevesado en muchos de sus variados aspectos estéticos y temáticos. Y lo ha hecho partiendo de la obra de Diego de Saavedra Fajardo y del estudio de la literatura política en un sentido amplio, publicando gran parte de sus obras en ediciones críticas repletas de relevantes novedades —desde ediciones realizadas por primera vez, como el descubrimiento de numerosas piezas inéditas—, estudiando sus contextos intelectuales y las bases de su mundo desde un punto de vista sociológico (relaciones de sucesos), estético (estilo lacónico), político e histórico (epistolarios) y de historia cultural (el nuevo humanismo seicentista). Por ello nos pareció una oportunidad inmejorable la generosa propuesta de la dirección de *Studia Aurea* de realizar un número monográfico dedicado a la literatura y a la política en el Renacimiento, donde miembros del grupo, colaboradores y especialistas pudieran reunir algunas de sus últimas aportaciones en un volumen conjunto. Tal es el origen del florilegio de estudios que presentamos en este número de *Studia Aurea*, que

desde diferentes ángulos practica valiosas inquisiciones en torno a la compleja simbiosis entre literatura y política que se da en los siglos XVI y XVII.

Los intelectuales italianos del *Quattrocento*, en efecto, buscaron en la antigüedad clásica un paradigma intelectual que fuera útil para la vida social, así como un latín inteligible y claro, alejado de las abstracciones escolásticas, que fuera apto a su vez como medio de comunicación social y herramienta de gobierno. De hecho, como ya hemos comentado, algunos de ellos fueron Secretarios de la Señoría en Florencia y en otras ciudades de la Italia cuatrocentista: en su propia praxis política terciaron los textos de historiadores y pensadores latinos como Cicerón o Tito Livio, cuyos textos iluminaron su reflexiones acerca de los problemas sociales de su tiempo y la organización política de sus sociedades. En muchos aspectos, el Humanismo cuatrocentista supone la íntima alianza entre la erudición grecolatina y la necesidad de una propuesta cultural ajustada a las necesidades sociales de la época. Una historia de creación y búsqueda de la que podemos aprender sin duda mucho en nuestros días en que vacilan y se remueven verdades reviejas y las nuevas tecnologías amplían y modifican intensamente las posibilidades y necesidades de la creación literaria y de la praxis cultural. Un problema similar o comparable afrontó el mundo intelectual de la Italia del siglo XV, cuyas respuestas resultaron fundamentales durante siglo y medio. Tal es la historia y el contexto, por ejemplo, de Niccolò Machiavelli, que hereda esta praxis cuatrocentista y repiensa los problemas de la Florencia donde será Secretario de la Señoría desde 1498 hasta 1512, al tiempo que repasa el texto de Tito Livio, y mantiene la imagen de Roma como ciudad por excelencia. Durante el verano y otoño de 1613 va a escribir *Il principe*, cuyo ejemplo va a cundir a lo largo de la centuria. Durante el siglo XVI, en efecto, Europa entera va a heredar estas inquietudes de la Italia humanística del siglo XV en diálogos y epístolas rebosantes de reflexiones políticas sobre la figura del príncipe cristiano y los problemas sociales de su tiempo reelaborando el viejo género de los ‘espejos de príncipes’ por lo general a la sombra de Maquiavelo. Su nombre será maldito desde el Concilio de Trento, pese a que en años anteriores Carlos V lo había leído con enorme interés y había aconsejado su lectura a su propio hijo Felipe. El estudio de los profesores Antonio Sánchez Jiménez y Emilio Blanco («Machabelo y Maquiavelo: la patraña XX de *El patrañuelo* de Timoneda (1567)») nos pone sobre la pista de la más que probable presencia de Maquiavelo en el texto de Timoneda, lo que constituye un ejemplo más de su vigencia. Y más adelante, durante las primeras décadas del siglo XVII, se agudiza su presencia en la cultura europea durante un siglo que, en palabras de Elliot, se muestra «maquiavélico a su pesar».

El interés renovado con que se lee a Maquiavelo desde las décadas finales del siglo XVI y durante buena parte de la centuria siguiente corre paralelo a la actualidad que por entonces adquieren los temas políticos, especialmente en los primeros cincuenta años, cuando la literatura política alcanza una importancia y una calidad que pocas veces había tenido y que no siempre gozará en el futuro. Como recuerda Quevedo en una expresión burlesca típica del gran escritor, por

esos años «hasta los zapateros hablan de razón de estado». Y es que puede decirse que la primera mitad del siglo XVII constituye la edad dorada de la literatura política. La misma expresión *razón de estado*, ausente en el texto de Maquiavelo —aunque no el concepto— y originada en el título de la famosa obra de Giovanni Botero, pasará a convertirse en un cliché durante esos años: aparece en poemas, novelas de aventuras, comedias y todo tipo de textos, con variadas matizaciones semánticas adaptadas a la vida cotidiana. La época está repleta hasta las cejas de literatura *política*, adjetivo que tenía por entonces un sentido comparable al actual (técnicas de actuación política y organización del gobierno), pero también otro más amplio (comportamiento moral en general, tanto de organizaciones políticas como de individuos). El mismo adjetivo *políticos* está repleto de significados hoy ausentes en el término, pues los *políticos* son los seguidores de Maquiavelo (y en ocasiones se les llama también *ateos*) y en cuanto tal el adjetivo quiere ser peyorativo, como también el de *estadista*. Por tanto una *Política de Dios*, tal como titula su obra Quevedo, simplemente no puede ser y el título es la primera incógnita que ha de desvelar el lector de la obra. Sobre el sentido de la expresión *razón de estado*, su historia en los tratadistas y el reflejo de las ideas sobre las relaciones entre la monarquía Habsburgo y la iglesia nos alecciona la aportación del profesor Luis Ignacio Iriarte («Iglesia y estado en algunos tratadistas del siglo XVII»).

Y es que a lo largo de la centuria anterior, un nuevo tipo de estructuras políticas continentales se asientan en Europa: los estados absolutistas. Comenzando por España y Francia, pero también en la Inglaterra de Enrique VIII, un nuevo tipo de jerarquías políticas de ámbito continental y altamente centralizadas en la figura del gobernante absoluto, que van a barrer a las ciudades-estado italianas, cuna del *Quattrocento*, y van a reinar en toda Europa. Serán esas nuevas estructuras las que se disputen primero la primacía continental y después el comienzo de una expansión colonial que no cesará hasta finales del siglo XIX. Con ellas se consolidan durante el siglo XVI las monarquías absolutas que abren la puerta al convulso mundo político y a la sociedad de la siguiente centuria. Se trata de un tipo de sociedad más urbana, más internacionalizada, que albergarán lo que podríamos considerar una suerte de ‘Primera Guerra Mundial europea’: la Guerra de Treinta Años (1618-1648). En el conflicto la literatura se volverá un recurso para moldear la imagen pública de la monarquía en una medida mucho mayor de lo que lo había sido anteriormente. A estudiar la sociedad del cambio de siglo y las ideas en torno a una nobleza cada vez más cortesana se encamina el estudio, que publicamos en la sección Documentos, de los profesores Arsenio Dacosta Martínez y Carlos Mota Placencia («Un tratado inédito sobre la idea de nobleza atribuido a Francisco de Rades y Andrada»). En el mismo sentido, el tratamiento literario de uno de los héroes de la Guerra de Treinta Años, el rey Carlos Gustavo de Suecia, va encaminado el estudio de los profesores Jacobo Llamas Martínez y Antonio Sánchez Jiménez («Los sonetos a la muerte del rayo del septentrión: Lope de Vega y Quevedo sobre Gustavo Adolfo de Suecia»),

mientras que el estudio de la imagen literaria del rey Felipe IV ocupa la aportación del profesor Francisco Javier Díez de Revenga («Felipe IV: de la política a la literatura»).

Toda esta serie de motivos provoca que desde los años setenta del siglo xvi se ponga de moda en los ambientes humanistas las obras que tratan acerca de príncipes absolutos de la antigüedad tales como Tiberio. El texto de Tácito desplaza al de Tito Livio en el interés de los lectores; con él se abre un nuevo tiempo histórico dominado por una larga serie de inquietudes que van a distinguir de forma nítida y clara la nueva época de la Europa del primer humanismo erasmiano. Así, la lectura y el comentario de Tácito, que se convierte en todo un género literario a lo largo de las últimas décadas del siglo xvi, junto con el nuevo auge de Maquiavelo en las primeras décadas del siglo xvii, van a convertir la primera mitad de la centuria, como ya hemos comentado, en la época dorada de la literatura política. De hecho, algunas de las principales obras literarias de la época, pensadas y ejecutadas desde novísimas propuestas estéticas, van a ser precisamente obras de tema político, entendido tanto en sentido amplio, como estricto. Ahí estaría, por ejemplo, el citado género de los comentarios a la obra de Cornelio Tácito, de donde van a surgir algunas de las propuestas más innovadoras, como también el nuevo género de la biografía política al amparo de Plinio el Joven, donde afilará sus primeras armas Baltasar Gracián, o repensará su estilo literario el ya maduro Quevedo, pero lo mismo podríamos decir de los poemas mayores de Góngora, tal como pone de relieve el estudio de la profesora Mercedes Blanco («entre Arcadia y Utopía: el país imaginado en las Soledades de Góngora»). De la biografía política a la literatura emblemática, de la poesía a la mitología, pasando por el comentario y la lectura de Tácito o la historia política al estilo de la *Corona gótica* de Diego de Saavedra —que no es más que una colección de biografías políticas—, gran parte de toda la literatura de la primera mitad de la centuria tiene un deje político evidente al que no es ajena la nueva ascendencia de los textos maquiavelianos, que influyen incluso en los guardianes de la ortodoxia católica y les obligan a proponer alternativas creíbles más allá de la negación o el desprecio. Tal es el sesgo de las obras de Diego de Saavedra y de Baltasar Gracián.

Al estudio de las obras de Saavedra y a algunos de los autores con los que tuvo más relación o aquellos que se vieron influidos por su figura, van dedicadas buena parte de las aportaciones del monográfico. Relacionadas con el texto de Diego de Saavedra desde diferentes ángulos aparecen una de las figuras centrales de la literatura del siglo xvii: Troiano Boccalini. Se trata de uno de los maestros de la sátira, así como fuente principal de la *República literaria*. En esa línea, la profesora Sònia Boadas («El intento de impresión de los *Comentarii sopra Cornelio Tacito* de Traiano Boccalini en la corte española (1643-1652)») nos presenta un estudio sobre el intento de publicar en España la obra de Boccalini. En la misma dirección, la sección de Documentos de nuestro monográfico publica la fundamental aportación de la profesora Donatella Gagliardi («A vueltas con la inédita

*Piedra del paragón político*) en el estudio de las traducciones castellanas de Traiano Boccalini. Respecto de la obra de Saavedra, tres interesantes estudios se ocupan de su influencia tanto en su época como en la posteridad literaria. De esta forma, el estudio de Pedro Ruiz Pérez («Imágenes políticas en la *Selva* de Rebolledo») nos presenta una serie de influencias de las *Empresas políticas* en el gran diplomático español que fue el conde de Rebolledo, embajador en la corte danesa, como también hace lo propio el artículo del profesor Adrián J. Sáez («El ingenio de la diplomacia: Saavedra Fajardo, el conde de Rebolledo y los reyes del norte»). Finalmente, como cierre del volumen monográfico, el profesor Raúl Molina Sánchez («Saavedra Fajardo y el regeneracionismo azoriniano») nos presenta textos inéditos de Azorín donde se comprueba la huella de la lectura de Diego de Saavedra.

Una docena, pues, de sugerentes aportaciones, con observaciones o documentos inéditos que iluminan ángulos novedosos en el estudio de las relaciones entre literatura y política a lo largo del arco temporal que va de las últimas décadas del quinientos hasta el ocaso del siglo barroco.



